

Reconstruyendo el fenómeno religioso en las antiguas sociedades indígenas del Caribe: un reto para la arqueología puertorriqueña.

**XV Congreso Latinoamericano sobre Religión y Etnicidad
Universidad Interamericana
Conferencia inaugural**

**Miguel Rodríguez López, Arqueólogo
CEAPRC**

7 de julio de 2014

INTRODUCCION

Cuando recibí la invitación para ofrecer esta conferencia inicial del XV Congreso Latinoamericano sobre Religión y Etnicidad no pasó por mi mente que hoy precisamente conmemoramos en Puerto Rico el tercer aniversario del fallecimiento del Dr. Ricardo Alegría, reconocido antropólogo y arqueólogo puertorriqueño, estudioso de las tradiciones socioculturales de nuestro pueblo y de los pueblos caribeños y fundador de las más importantes instituciones culturales de nuestro país, incluyendo el Centro de Estudios Avanzados de Puerto Rico y el Caribe, que desde hace ya una década me honro en dirigir.

Entre los temas que don Ricardo Alegría estudió con mayor entusiasmo fueron precisamente las creencias de los antiguos pueblos indígenas que poblaron el Caribe antes de la llegada de los conquistadores europeos, las expresiones del sincretismo religioso en las comunidades de origen africano en nuestra isla, así como las tradiciones artesanales de la talla y la devoción a los llamados Santos de Palo en la cultura campesina y rural de Puerto Rico. Don Ricardo no era una persona religiosa en el sentido de la práctica formal de una creencia o iglesia particular, pero como antropólogo y estudioso del fenómeno espiritual, nos aseguraba que tenía que existir una poderosa fuerza más allá del mundo natural y biológico, que explicara la existencia de ritos, mitos y creencias religiosas y espirituales en todas las sociedades humanas del globo a lo largo de todas las épocas del desarrollo de la humanidad desde las más antiguas hasta nuestros tiempos.

Sin lugar a dudas don Ricardo Alegría es una de las más destacadas figuras de la historia del pasado siglo XX en Puerto Rico. Hoy a las tres de la tarde sus parientes, amigos y más cercanos colaboradores recordaremos su legado en el antiguo cementerio Santa María de Pazzis del Viejo

San Juan, cuya restauración y conservación como patrimonio histórico de la Humanidad se le debe en gran medida a su esfuerzo.

Invoco de esta manera a don Ricardo Alegría pues aparte de su estrecha relación con muchos de los que nos encontramos hoy en este recinto, estoy seguro que de haber estado con nosotros todavía, hubiese apoyado con su presencia y con una participación temática, la celebración de este importante evento internacional que hoy comienza en la Universidad Interamericana.

LA ARQUEOLOGIA Y EL FENOMENO RELIGIOSO

La preocupación por la reconstrucción del fenómeno religioso y sus diversas manifestaciones en las antiguas sociedades y culturas de nuestras naciones es uno de los grandes retos que los arqueólogos nos hemos impuesto. En nuestro trabajo de campo y de laboratorio, intentamos identificar, documentar y luego interpretar las evidencias y objetos excavados, así como de los datos que provienen de estudios especializados, confiando en que todo ellos nos lleven a esa meta.

Quizás algunos de los arqueólogos más jóvenes, educados en un mundo sumamente especializado, de alta tecnología ven como el fin de la arqueología el recobro metodológico y fría catalogación de los ecofactos y artefactos excavados en un yacimiento antiguo con el fin de producir tablas y gráficas muy complejas y finalmente cumplir con los requisitos reglamentarios que establecen las instituciones y las agencias gubernamentales para este tipo de investigaciones.

Pero los que seguimos la escuela antropológica y cultural de figuras como don Ricardo Alegría y tantos otros estudiosos de los fenómenos sociales, siempre vamos más allá, tratando por todos los medios posibles de penetrar el pasado y asomarnos al mundo real, doméstico, familiar, creativo y espiritual de las sociedades pretéritas. La arqueología nos da tanto los instrumentos tecnológicos como nuestra propia capacidad racional para intentar este viaje al pasado, y luego contarlo al público de la mejor manera posible.

En algunos países, como en Puerto Rico, donde la sociedad aborígen no sobrevivió de manera integral y sistémica, sino que se mestizó y criollizó, en algunos ámbitos con gran fuerza, con gran fuerza con la población europea y africana, tenemos que depender mayormente en la interpretación de los antropólogos, historiadores y arqueólogos para poder hacer inferencias validas en cuando al fenómeno religioso, particularmente cuando se trata del estudio de las más antiguas sociedades indígenas. En el caso de Puerto Rico estas presentan hasta el momento, una antigüedad cercana a los cinco mil años antes del presente, confirmada ampliamente por decenas de pruebas de carbono 14, por lo que contamos oficialmente con 4,500 años de vida comunitaria de una gran diversidad de sociedades y culturas antiguas, que antes se le llamaban pueblos prehistóricos o precolombinos, pero que hoy en algunos países se le llaman pueblos originarios.

Para fines comparativos, la llamada historia de Puerto Rico que para la mayoría de los historiadores solo le adscriben los últimos 500 años de historia, es decir, cuando llegaron los

conquistadores europeos, es solo una décima parte de la real historia de nuestro país. Algunos arqueólogos como Reniel Rodríguez y este que les habla, hemos estado abogando, yo por lo menos desde hace al menos 20 años, que se cambie este modelo cronológico/cultural, ya fuera de tiempo y agotado, de ver la historia del pueblo puertorriqueño desde una perspectiva eurocentrista y dependiente.

Pero volvamos al tema que nos ocupa en la mañana de hoy. Para el estudio del fenómeno religioso de la sociedad Taina que pobló las grandes Antillas contamos con excelentes relatos de los llamados cronistas de indias, en particular Fray Ramón Pané y Gonzalo Fernández de Oviedo, y también documentos como el propio diario de Cristóbal Colon, así como cedularios, informes reales y rendiciones de cuentas de los oficiales españoles. Autores como Ricardo Alegría, José Arróm, Lourdes Domínguez, Manuel García Arévalo y en años recientes mi colega y amigo Sebastian Robiou, que estará participando en este Congreso más adelante, han publicado extensamente y con una gran divulgación y aceptación, estudios sobre la mitología y creencias religiosas de los Tainos y Caribes, los dos grupos principales que ocupaban el Caribe, el primero las grandes Antillas y el segundo las llamadas Antillas Menores y otras zonas del Caribe insular y continental.

Yo mismo presente un trabajo en el Simposio Iglesia y Sociedad, Siglo XVI, auspiciado por el Arzobispado de San Juan y el Centro de Estudios Avanzados de PR y el Caribe en el 2006 y cuyas actas fueran publicadas en el 2008 en torno a la visión de los dioses tainos, llamados *cemíes* en lengua taína, que fueron vistos como representaciones del demonio por los tempranos cronistas de indias. Muchas de esas imágenes contenían los elementos iconográficos del diablo en boga por aquellos tiempos en la Europa medieval, llamándole incluso "*idolos del diablo, espectros del demonio y la maldita figura del cemí*". Esta visión justificó la destrucción de muchos de ellos, aunque algunas piezas de excepcional belleza y fuerza expresiva sobrevivieron milagrosamente.

Mi intervención tocará mayormente las sociedades y culturas que ya eran arqueológicas al momento de la conquista europea y de las cuales no contamos con relatos de cronistas ni referencias comparativas que pudiéramos asociar con claridad en las sociedades sobrevivientes. Comentaremos entonces las específicas inferencias arqueológicas que podemos hacer de tres de esos grupos que antecedieron a los tainos y a la conquista: 1) Las antiguas sociedades pre agro alfareras (Arcaicas) que representan la primera colonización humana de la isla que ocurrió hace por lo menos 5 mil años; 2) La compleja y enigmática cultura Huecoide, que constituye a mi entender uno de los descubrimientos arqueológicos más importantes de las pasadas décadas en Puerto Rico y en todo el Caribe, y 3) La cultura Saladoide con sus variantes locales, que se origina en el Orinoco Medio y va ocupando las pequeñas Antillas hasta llegar a Puerto Rico unos siglos antes del comienzo de la Era Cristiana.

Las sociedades pre agro alfareras (Arcaicas): la primera colonización humana de la isla.

Hasta el momento la evidencia arqueológica y radio carbónica indica que los más antiguos pobladores humanos arribaron a nuestra isla Puerto Rico a comienzos del tercer milenio antes de nuestra Era, lo que representa una muy antigua ocupación que se remonta a 5 mil años antes del presente. Varios yacimientos han sido identificados en Puerto Rico como pertenecientes a estos grupos humanos, siendo a mi juicio el que llamamos Maruca, al oeste de la actual ciudad de Ponce, uno de los más importantes. Esto no solo porque fui yo quien dirigió la excavación final del mismo en la década de los 90's, sino que hasta el momento parece ser el más antiguo y posiblemente el más estudiado por una diversidad de arqueólogos y especialistas.

Maruca era un poblado relativamente pequeño y estable, donde vivió por bastante tiempo una pequeña comunidad de recolectores de moluscos marinos, que combinaba su subsistencia con la pesca, la captura de cangrejos y la caza de pequeños animales, la recolección de raíces, semillas y frutas comestibles, y según estudios recientes, la siembra ocasional de algunas plantas como el maíz, la yuca, la yautía y el frijol.

Sus habitantes eran diestros talladores de piedras duras como el sílex, del cual fabricaban puntas de proyectiles y diversos instrumentos utilizados en la pesca, la caza menor y el procesamiento de sus alimentos. Modificaban guijarros de río como herramientas de mano para triturar las semillas y macerar las plantas que recolectaban y sembraban cerca de su poblado.

Pero lo más importante referente a nuestro tema es que se identificaron por lo menos 11 enterramientos humanos, 8 masculinos y 3 femeninos, 6 de ellos individuales correspondientes a un segmento de esa población. Los restantes cinco lo componen dos enterramientos colectivos. Con la excepción de uno, todos los 10 restantes fueron enterrados en posición extendida y boca arriba, orientados sus restos óseos en dirección general este/oeste, manifestándose un claro patrón de enterramiento relacionado con la salida y la puesta del sol.

Son numerosas las sociedades en todo el mundo que entierran sus difuntos o que orientan sus estructuras religiosas principales en relación a los puntos cardinales, así como a los equinoccios y solsticios. La orientación y la mirada hacia la salida del sol es un fenómeno universal y está documentado en el Oriente, África, Europa y ciertamente en toda la América precolombina. El sol es la principal figura de las llamadas religiones originarias del mundo y tiene el significado místico de Luz, como en el caso del dios Ra egipcio, así como el símbolo de la vida después de la muerte.

Pero con tan solo está definida orientación de 10 enterramientos humanos no es posible descifrar ni reconstruir todo un conjunto de prácticas, creencias y rituales de estas las más antiguas sociedades humanas que habitaron la isla y la región del Caribe. Al enterrarlos con este definido patrón podemos inferir la existencia de creencias espirituales entre sus habitantes.

Como siempre pasa con la arqueología, siempre surgen más interrogantes que las que se pueden contestar y aclarar. Por ejemplo, si la muestra excavada es representativa de la población que vivió en Maruca, y no lo sabemos, por qué esta desproporción de hombres y mujeres enterradas. ¿Qué hacían con las demás mujeres, tenían otro ritual funerario? ¿Estaban enterradas en otro lugar fuera del área de excavación que no pudimos encontrar? Y así con cada nuevo estudio surgen nuevas preguntas para aclarar nuevas dudas.

La cultura Huecoide y Punta Candelero

El segundo grupo que vamos a estudiar es la misteriosa cultura que llamamos Huecoide, por ser el yacimiento de La Hueca en la isla de Vieques, el primer sitio descubierto de este interesante grupo humano que pobló solo la región del nor este del Caribe, desde Guadalupe a Puerto Rico. Sus yacimientos poseen un enorme caudal de objetos elaborados con materias primas exóticas provenientes de lugares distantes del continente sur y centroamericano.

Este primer impresionante yacimiento fue escavado por los arqueólogos Chanlatte y Narganes de la Universidad de Puerto Rico, que tuvieron que luchar para que se aceptara su descubrimiento como parte del esquema o modelo cultural de la llamada prehistoria caribeña. Por su particular estilo cerámico y algunas representaciones de sus amuletos en forma de cóndor, su origen ancestral andino ha sido señalado por alguno de sus descubridores.

A finales de la década de los 80's dirigí un extenso programa de investigaciones a cargo del Museo de la Universidad del Turabo, en un nuevo yacimiento de esta novel cultura, localizado en Punta Candelero, Palmas del Mar, al este de la isla de Puerto Rico y frente por frente a la isla de Vieques. La antigüedad de estos sitios Huecoides se remonta entre varios siglos antes de Cristo hasta los siglos tercero y cuarto después de Cristo. A juzgar por su cultura material se trata de una sociedad compleja y de avanzada, que no había sido previamente descubierta y estudiada en el Caribe, radicalmente diferente a la anterior sociedad de recolectores y pescadores que habitó Maruca.

Sus poblados, relativamente pequeños pero ricos y densos en evidencias arqueológicas, todos ellos cercanos a la costa y sin enterramientos humanos. Parecen más colonias o puestos de avanzadas que formaban una red de asentamientos estratégicos estrechamente relacionados unos con los otros por medio de la navegación y el comercio, así como el intercambio de materias primas o productos terminados. Por estas características les he llamado los fenicios del Caribe antiguo.

Es interesante que la literatura arqueológica y antropológica señala que cuando en la antigüedad se dan estos grupos de mercaderes viajeros que interactúan a lo largo de grandes distancias, existe también entre ellos una fuerte vinculo y estructura religiosa que les da la cohesión y la fuerza para mantenerse unidos muchas veces en terrenos inhóspitos de grupos culturales diversos y hasta potenciales enemigos.

Quizás por eso es que además de la gran cantidad de cuentas, amuletos y colgantes de piedras exóticas y de gran valor como intercambio, se excavaron en P Candelero tanta cantidad de objetos de claro uso ceremonial y ritual como lo son las vasijas inhaladoras para aspirar polvos alucinógenos de la semilla de la cohoba (conocida también como yopo o ñopo), los cilindros de barro llamados incensarios, y una proliferación de figuras antropomorfas acuclilladas que a mi entender son los antecedentes de las grandes y complejas figuras de la religión taina, casi mil años después.

Entre los objetos más destacados recuperados en Punta Candelero, y también en el sitio de La Hueca en la isla de Vieques, figuran grandes colmillos de jaguar suramericano, perforados para ser utilizados como colgantes y que necesariamente fueron importados a la isla porque en Puerto Rico nunca ha habido jaguares. Los mismos fueron analizados en Holanda en busca del elemento de estroncio, a través del cual puede definirse con cierta exactitud el lugar de origen de esos jaguares cuando eran pequeños. En el caso de uno de los colmillos de jaguar excavado en Punta Candelero el mismo parece corresponder a un individuo que cuando juvenil vivía en una selva cercana a lo que hoy es la frontera entre Venezuela y Guyana.

Se conoce ampliamente la asociación del jaguar y de sus colmillos como el símbolo por excelencia de la masculinidad y la valentía de los guerreros de las sociedades precolombinas prácticamente de toda la América. Además, se ha estudiado su asociación como elemento de poder y a su vez de protección entre los chamanes de la zona tropical sur y centroamericana. No tengo la menor duda que estos colmillos de jaguar, que llegaron a la isla producto de las extensas redes de intercambio que desarrollaron los mercaderes huecoides, fue a parar en el cuello de un poderoso cacique o chamán, que a veces era la misma persona, del poblado indígena de Punta Candelero.

Quiero llamar la atención al hecho de que los perros indígenas formaban parte importante de la vida de los habitantes huecoides de Punta Candelero. No solo representaban sus perros en vasijas de barro con gran realismo, sino que los enterraban de forma ritual. Interesante y enigmático a la vez que asociados con los huecoides excavamos seis enterramientos de perros pero ninguno humano. ¿Por qué enterraban a sus perros en sus poblados pero no a los humanos? ¿Es que por ser mercaderes y grupos de avanzada asociados al mar tenían un ritual particular para disponer de sus cuerpos? Más preguntas que esperan respuestas de los arqueólogos.

La cultura Saladoide

El tercer grupo corresponde al pueblo Saladoide, llamado así por los arqueólogos por ser el sitio Saladero, localizado a orillas del Rio Orinoco en su cauce intermedio, el primer lugar donde se descubrieron los restos arqueológicos de esta cultura. Los Saladoides, diestros maestros en la fabricación de vasijas de barro, y que con el uso de la pintura de diversos colores representaban complejas figuras y personajes en las superficies de su cerámica ceremonial. Fueron poblando

todo el arco de las Antillas Menores hasta llegar al noreste del Caribe donde fundaron extensos poblados en los llanos costeros aluviales de los ríos principales de Puerto Rico.

Los Saladoides sí enterraban a la mayoría de sus difuntos en una especie de cementerio correspondiente al área de la plaza central de sus poblados construidos en forma semicircular o de herradura. De esa manera los Saladoides convertían a la plaza central del poblado en un espacio de usos múltiples, pues servía como lugar de ceremonias y festividades, área de actividades domésticas como lo era la confección de vasijas y otras artesanías y la preparación de alimentos, y además sitio de cohesión social y veneración de ancestros al enterrar bajo la propia plaza la gran mayoría de los miembros de la comunidad.

Este fenómeno que marca una tradición muy antigua ha sido documentado en los componentes Saladoides de los yacimientos de Tibes, en Ponce, Maisabel en Vega Baja, y Punta Canelero, Humacao, entre otros.

En Punta Canelero por ejemplo, casi 2/3 partes del más de un centenar de enterramientos humanos excavados y estudiados por nuestros antropólogos físicos los Dres. Maria Cashion y Edwin Crespo, estaban localizados dentro de los límites estimados de la plaza central del poblado. En su gran mayoría están en posición acuclillada o fetal, y también miran en términos generales hacia el este.

De por sí la posición acuclillada de los enterramientos es un elemento ritual relacionado al concepto de la vida y la muerte. Nos despedimos de este mundo de la misma forma en que entramos a él, en posición fetal, acuclillados, como los bebés recién nacidos.

Once de los enterramientos están acompañados o presentan algún tipo de ofrenda visible, lo que es también evidencia de creencias espirituales en relación a los difuntos. Como otras civilizaciones del mundo, los Saladoides le colocaban vasijas a su alrededor con alimentos o algún otro objeto que pudiera ser utilizado de alguna manera por el difunto, ya sea en su tránsito al otro mundo, o cuando llegara al mismo.

Nueve enterramientos están acompañados, o cubiertos o colocados dentro de vasijas del estilo Saladoide, por lo que podemos asociarlos con gran exactitud a dicha cultura.

Uno de los enterramientos, correspondiente a un niño colocado dentro de una vasija, poseía un amuleto rectangular de piedra verde. Otro llevaba en su mano izquierda una ensarta o collar de 54 pequeñas cuentas cilíndricas de cuarzo. El tercero sujetaba con su mano derecha el caparazón de una tortuga de agua dulce, que en PR le llamamos hicotea, similar a un instrumento musical de los que todavía se utilizan en las tierras bajas de América del Sur.

El bajo índice de enterramientos con ofrendas, un bajo 8%, no nos debe impresionar. Tampoco debe ser el único elemento para asignar rangos sociales o importancia relativa del difunto, que es un error muy común en la arqueología caribeña. Recordemos que artículos domésticos o

ceremoniales de gran belleza y estatus social que pudieron haber servido como ofrendas mortuorias como lo son ropajes y tocados de plumas y flores, canastas y hamacas de fibras coloreadas, frutas y alimentos, figuras de madera y algodón, así como pintura corporal, entre tantos otros, apenas dejan huellas arqueológicas en las húmedas regiones del Caribe tropical.

Palabras finales

Para muestra tres botones bastan. He presentado algunas evidencias arqueológicas que reflejan complejos rituales funerarios, así como el ceremonialismo asociado a antiguas creencias religiosas de nuestras más antiguas sociedades originarias. En cuanto a lo correspondiente a la religión y la mitología de las sociedades pre-tainas y tainas, más cercanas a la conquista europea estoy seguro que el Dr. Sebastián Robiou, experto en el tema, les hablará durante su exposición próximamente.

Lo cierto es que la arqueología, como herramienta de estudio y reconstrucción del pasado, cada día recobra nuevas evidencias, nuevos datos, nuevas piezas de ese impresionante rompecabezas cultural que conforman las antiguas sociedades indígenas, incluyendo lo referente al fenómeno religioso dentro del alto sentido de espiritualidad que regia su comportamiento social. Busquemos siempre con respeto y con inspiración las enseñanzas que para todos los pueblos del presente podemos obtener de nuestras culturas ancestrales. La arqueología también es un instrumento de estudio y rescate de nuestra memoria e identidad espiritual y religiosa.

Muchas gracias

